

Diez Escultores, Diez Inventores

por Sebastián Salazar Bondy

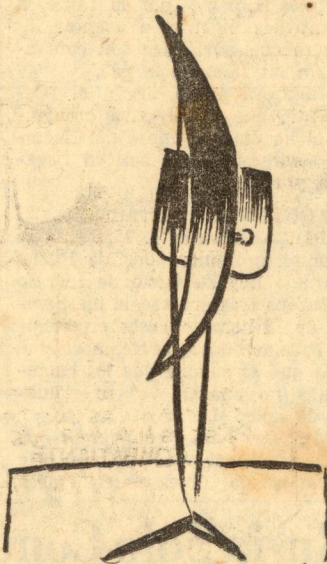
LY 22/01/1958
P. 10

Baudelaire decía que la escultura era un arte de caribes, un arte de salvajes. Le faltaba, según su concepto, esa posibilidad milagrosa de la pintura y la poesía, que es la clave de toda creación estética. Pero la escultura había sido hasta entonces —salvo en los pueblos orientales y en el medioevo— mera estatuaria, y como tal padecía de un servilismo a lo real que exacerbaba la sensibilidad de gran poeta. Por eso, quizá, la escultura como arte giró de pronto en pos de sí misma. Ahora, en verdad, se la puede ver campar como un arte con medios y objetivos propios, expresión de auténtica inspiración, creación autónoma que trasunta un contenido rotundo y exclusivo. Claro que el espectador habituado a considerar la escultura retrato corpóreo de seres y cosas sufre ante ésta un impacto sorpresivo, pero en cuanto, mediante la voluntad, sale de su estupor inicial y se enfrenta a los objetos que los artistas inventan libremente, se da cuenta cabal de que ellos encierran eso que Herberd Read llama vitalidad, una suerte de íntima fuerza que, desde dentro, justifica las formas, las hace exactas, las impone como nuevas apariencias del espíritu. Véase, si no, las obras de los diez escultores ingleses que en este momento se exhiben en las salas del Instituto de Arte Contemporáneo bajo el auspicio y la organización del Consejo Británico.

Si la palabra no tuviera una connotación tan precisa, se diría que hay allí toda una naturaleza, en el sentido, por cierto, en que el vocablo designa productos espontáneos —no obstante su audacia formal— y unitarios, que existen plenamente, que nos rodean con generosidad y que se constituyen en prodigioso coptorno de quien circula por entre ellos. Proceden de diversos autores y, sin embargo, el lenguaje, con todas las diferencias de dicción e intención comunicativa, es el mismo, aun entre las que, para echar mano de la calificación al uso, son figurativas y no figurativas. Naturaleza, la de este mundo escultórico, que es patética, emotiva, vibrante, vital, y que nos inquieta y estimula de modo positivo. Y sin romanticismo: una medida humana rige estas formas y nada en ellas es monumento conmemorativo, discurso pasional, efecto grueso, memoria desconsolada de nada. Es el hombre que se indaga y traza su mundo, y da nacimiento así a cosas que transcurren solas, que se bastan y cunden. Cada una es, conforme las palabras de Read, "una voz en el desierto", pero no es posible dejar de advertir el coro, la florista poética, la unanimidad de espíritu que fluye del conjunto.

El cronista elige —es cosa de predisposición personal— los se-

res de McWilliam, las construcciones de Thornton, las fantasmagorías de Chadwick, las composiciones de Adams, pero no está muy lejos del resto —Armitage, Butler, Meadows, Paolozzi, Turnbull y Wright— en



el que reconoce una sinceridad impetuosa, un afán insatisfecho de animar lo inanimado que es la apelación esencial en los que lo atraen. En McWilliam hay una especie de melancolía grave, interrogativa, fuerte, que se halla tan cargada de previsión como las páginas de un ensa-

yista que se pregunta por el futuro del hombre y queda, al fin, perplejo en tanto que Thornton, del cual sólo hay una pieza, gesta una presunción una imagen germinal, de donde emana un alma trémula, ansiosa; Chadwick propone su propio e inigualable bestiario, muestra sólida de la inocencia oculta en el cuadro humano de hoy, y Adams dibuja en el aire sus armonías pesadas y delicadísimas. Se teme que sus obras echen a andar, a volar, a vivir, en una palabra, así de potente es su fondo, al que, paradójicamente, el metal presta alas. Es decir, encantamiento.

Recuerda el cronista haber visto alguna vez la fotografía de uno de estos escultores en su taller (ese sí, propiamente, taller de un contemporáneo), donde el trabajador, cubierta la cara con una máscara, las manos enguantadas y el instrumento de labor brillando como un soplete radiante, borbolla a su gusto el hierro bruto transformándolo en milagro visible. ¿Arte de caribes la escultura? Tal vez la que en algunas partes, aquí especialmente, se pretende que siga siendo copia de copias, remedo de modelos supuestamente reales, parodia pedestre de lugares comunes. No ésta de los descendientes de Henry Moore, en cuya faz, como en un espejo trascendental, se descubren los rasgos del creador que, contra todo, inventa y avanza.